

téntico nuevo genio. En mi caso, de forma un tanto irracional, películas como "Kaspar Hauser" o "Agulrra, la cólera de Dios" me han parecido pretenciosas e inútilmente grandilocuentes. Quizá por eso "Nosferatu" sea, a pesar de todo, su película más interesante para mí, en un momento en el que sus admiradores habituales piensan que Herzog ha perdido en esta película gran parte de su sensibilidad.

La razón de ello parece estar en que "Nosferatu" se ha realizado con intervención de multinacionales y, por lo tanto, con muchos más medios y controles de los habitualmente sufridos por cualquier autor. De cualquier forma, esos medios se han traducido en una excelente ambientación, fotografía, vestuario y caracterización de los actores, conjunto que mereció un premio del Jurado en el último Festival de Berlín. En ese ambiente, Herzog incluye la historia de "Nosferatu" con la frialdad antes citada. Gracias a que Klaus Kinsky ha creado un vampiro lleno de ternura. De otra forma, la película no hubiera sido más que una versión más. ■ DIEGO GALAN.

## "Tres en raya"

La mayoría de los directores españoles iniciados en el cine durante las décadas de los cincuen-

ta o sesenta optaban en sus películas por un punto de vista dramático de la sociedad española: una respuesta emocional cercana a la tristeza ambiental de los años de franquismo. Las nuevas generaciones, por el contrario, se acercan más decididamente a la comedia, aunque desde ángulos muy distintos entre sí: Bodegas, Garci, Cecilia Bartolomé, Colomo, Gerardo García, Carlos Mira y la mayoría de los cortometrajistas actuales así lo hacen. Quieren reírse y hacernos reír con lo que ven a su alrededor. Una risa que bordea muchas veces al absurdo, pero que resulta más válida cuanto más cercana está a la realidad que comentan. Lo contrario sería gratuito y posiblemente inútil en cuanto no consiguiera las risas deseadas.

Cerca de ese peligro está Francisco Romá con su primer largometraje, "Tres en raya", al partir de una situación ingenua e idealista, es decir, ausente de datos precisos y reconocibles: tres jóvenes se conocen de forma fortuita y acaban viviendo juntos sin que medie para ello algún elemento de los que hubiesen sido imprescindibles en la realidad. A partir de ahí, la película se abre a un juego privado y sin sentido, a un humor sobre la nada. Sin embargo, a pesar de esa idealización, Francisco Romá continúa su juego por muy distintos caminos, desiguales entre sí, pero capaces algunos de convertir "Tres en raya" en una excelente comedia. Son esos momentos los inter-

pretados por actores inteligentes capaces de haber creado unos tipos caricaturescos y divertidos, es decir, los de Gemma Cuervo (extraordinaria), Irene Gutiérrez Caba (espléndida) o Héctor Alterio (peor ayudado por el guión). El resto varía según el cansancio del espectador desde lo soportable hasta lo francamente descahellado, como, por ejemplo, las secuencias de la encuesta televisiva o el asalto nocturno, desafortunadamente incluidas en una película que podía ser mucho mejor de lo que es, ya que, en esa intermitencia de interés, Francisco Romá demuestra en ocasiones saber qué es la comedia y qué posibilidades le ofrece. Lo que sin duda concretará con mayor rigor en su siguiente título. ■ D. G.



## Día mundial del teatro

Apenas una obligada reseña sobre la simbólica fecha (19 de abril) en que nuestro espectáculo teatral conmemoró ya no sabemos muy bien qué, pero que sin duda sirvió para tranquilizar ciertas inquietas conciencias. Quitemos esa "graciosa" reducción en el precio de las localidades (que no es otra cosa que dejarlas en lo que debería ser su justo precio) y el clásico manifiesto que no en todas las salas se leyó antes de comenzar la función, y nos encontraremos ante el vacío.

El pregón de este año ha sido encargado a Antonio Gala. Ni apologías ni censuras a su ya reconocido talento dramático. El medio de comunicación más popular, Televisión, fue el encargado de transmitir a todo el país, por boca del mismo autor, tan sabroso discurso. (Buena paradoja, dicho sea de pasada, que TVE se preste a lanzar el anual grito farandulero cuando su programación dramática no puede ser más desastrosa.) Y en este mensaje barroco, emocionado, perfumado de lujos lingüísticos, cultas metáforas y preciosistas imágenes, Gala solicitó de toda la población española amor, mucho amor hacia el teatro y gran dosis

de comprensión para los egregios locos que lo hacen posible. Incitó a los millones de españoles (que jamás han tenido ante sus ojos más telón de fondo que el integral abandono dramático de que son objeto) a que hagan suyo un espectáculo que al parecer les pertenece. Hermoso canto, muy colocado (librería al fondo y señorial bastón en la enjuta diestra), muy puesto todo, muy de élite redentora que solicita mayor aplauso a su talento. Y ante esta aparición sofisticada, ¿qué habrán pensado los grises habitantes de nuestros pequeños pueblos de Castilla, Galicia, Andalucía? ¿Se hablaba realmente para ellos? Tan fina elocuencia, tan erudito coturno, ¿es mensaje para un pueblo que todavía mira la cultura desde abajo?

Y ya que no están en manos de los profesionales las soluciones últimas para que este estado de cosas termine de una vez, lo que sí pueden hacer las gentes de teatro es algo bien sencillo: amar precisamente a su pueblo por medio del trabajo particular. Y amar no es catequizar una vez al año desde el pedestal que sostiene la gloria personal. Amar al pueblo (a ese pueblo para el que Gala escribió sus líneas), para que él pueda amar el teatro, es clavar telones en sus plazas más recónditas, prestar gratuitamente nuestros textos cuando no existen medios para remunerarlos. Amar es sufrir con esa mayoría sorda, reflejando en nuestros espectáculos sus intereses de clase y no otros. Amar al pueblo es hablarle con humildad, sin mantos de púrpura academicista. Lo otro, conmemorar un día cualquiera con retóricas y altisonantes ditirambos, es dejar que se nos contemple, boina en mano, como a dioses de la moderna mitología culturista. De lo contrario, este día seco del teatro continuará siendo una fecha más, en que lo prohombres serán felicitados por sus mecenas ante la mirada atónita de millones de seres a los que aseguran servir. ■ MIGUEL A. MEDINA.

## "¿Fuiste a ver a la abuela?"

La temporada finaliza para el Centro Cultural La Corrala, y con ella se abandona definitivamente la sala Cadarso para inaugurar, en septiembre próximo, el teatro

"Tres en raya", de Francisco Romá.



Olimpia. Este cierre de temporada ha querido coincidir con la apertura del nuevo Grupo Independiente Magerit.

"¿Fuiste a ver a la abuela?", mitad texto de autor (Fermín Cabal), mitad creación colectiva, es producto diseñado para un espectador incondicional, muy concreto en su misma heterogeneidad, progresista y en cierta medida fácil; el habitual de la Cadarso, en suma. Una mirada hacia atrás con todas las garantías de conectar sensorialmente con los que hoy rondan los treinta años y sufrieron de forma muy concreta todo el despotismo de la dictadura. La represión, pues, en todas sus facetas: familia, religión, enseñanza, sexo y política. La muestra de un pasado que nos

presentar al actor de un modo natural, primario, sin más trucos para los doblajes que sus propias facultades, se pierde sin duda, quizá de un modo un tanto ingenuo, riqueza en matices.

Un texto sobre el franquismo escrito en el momento actual y por tanto libre de toda limitación. Bueno es contemplar lo que antes tuvimos que imaginar por medio de oscuros y complejos símbolos.

De cualquier modo, algo flota sobre éste y los últimos montajes presentados en la sala Cadarso. Algo que debería ser objeto de reflexión. El Centro Cultural La Cerrala viene limitando su campo de acción. Su programación parece obedecer a determinantes ideológicos que, sin carecer de

que sean tantos los que en las Universidades de los Estados Unidos estudian el teatro español y que sea tan bajo el censo de las obras españolas que se representan. Ciertamente, algunos Departamentos de Drama han montado obras de autores contemporáneos —Buero, Ruibal, Martínez Ballesteros, etcétera—, pero la verdad es que en el conjunto, realmente abrumador, de las actividades teatrales norteamericanas los títulos españoles ocupan un modestísimo lugar. Lo cual —y de ahí la razón última de esta serie de crónicas— es algo más que una constancia de lo que se hace o se deja de hacer en Nueva York, dada la resonancia mundial de sus criterios.

Cabe pensar que buena parte de ese desinterés hacia el teatro español nace de nuestra reiterada condición de "país diferente" —asumida incluso a niveles de propaganda turística—, con una tradición teatral y unas claves de comunicación que tienen bien poco que ver con la historia y la realidad norteamericanas. Ese es un hecho indudable. Yo no sé cuál va a ser la España del futuro, pero la amordazada España del franquismo es en Nueva York una realidad cultural incomprensible. No porque el sistema americano no tenga sus propias mordazas, sino porque son de naturaleza completamente distinta.

Por su parte, la sociedad puertorriqueña —los "hispanos"— que, por razones idiomáticas, podría entender directamente ese teatro, se encuentra, lógicamente, entregada a la creación de una dramaturgia testimonial, re-

pleta de datos concretos, en la que debatir el lugar que le reserva el "establishment" norteamericano. De modo que si entre damas como "La camisa", de Leuro Olmo, y "Simpson Street", el último estreno puertorriqueño importante, existen claras correlaciones ideológicas, es seguro que el público "hispano" las consideraría distantes, simplemente porque en la primera no descubriría los nombres y los rostros que le son familiares y con los que se identifica sin el menor esfuerzo.

¿Y los clásicos? ¿Cómo entender que el esfuerzo de tantos hispanistas y estudiantes no sea capaz de generar la representación regular de sus mejores textos? Así es, sin embargo. Y aunque a veces aparezca algún título —durante tres semanas de febrero, estuvo en cartel "Peribáñez", a la vez que la Compañía de Repertorio Español seguía contando con uno de sus mayores éxitos, "La Celestina"—, lo cierto es que suele montarse con escasos medios y escasa resonancia, sin entrar jamás en la lista de los veinte o treinta espectáculos que definen, en la opinión de la mayoría, el "momento teatral" de la ciudad. Entre los autores modernos, superada la época de Casón, sólo García Lorca y Arrabal suelen aparecer en la cartelera profesional del "off" o el "off-off" con alguna regularidad. Con el primero se han cometido, al decir de los críticos y gentes de teatro, verdaderas atrocidades, pese a lo cual no se le ha perdido el respeto. "Bodas de sangre", en la Compañía del Repertorio Español, y "Los amores de don Perlimplín con Belisa en su jardín", esta última en el Soho Repertory —que cuenta también con textos de Shaw, Grass, Shepard, Genet, etcétera—, aparecían en las carteleras de mediados de marzo. En cuanto a Arrabal, que quizá mereció las mejores críticas neoyorquinas hace dos o tres años, a raíz de montarle Tom O'Horgan "El arquitecto y el Emperador de Asiria", en La Mamma, tiene ahora su "Guernica" en el mismo Soho Repertory...

El dato, en fin, es éste: que las últimas décadas de historia española no han estimulado precisamente el interés por nuestra cultura. Y que pese a las notables excepciones del interior y a los esfuerzos hispanistas del exterior, el teatro español es hoy, en lugares como Nueva York, de vi-



El grupo Magerit, en la sala Cadarso.

duele y contra el que estamos prontos a la justa crítica. Partiendo del primer núcleo social, la familia patriarcal y castrante, todo el torbellino de incidencias que hicieron de nuestra infancia y juventud una continuada malformación. Cada una de las escenas propuestas es una llamada al recuerdo comunitario, y el espectador, lógicamente, se siente vivo, representado. El montaje —cinematográfico en muchas ocasiones—, dinámico, fresco, tónico, con saltos hacia el pasado y lúcidos retornos al presente; roto el ritmo que va desde la ralentización al disloque aparatoso, habla de un expresionismo manido, pero resultón. No falta ingenio para la aplicación de la plástica, el cliché efectista o el humor desgarrado. Otra cosa sería profundizar sobre la pura labor interpretativa. A fuerza de intentar

calidades estimables, no parecen tener más preocupación que el efecto inmediato. Complacer, aunque sea éticamente, no siempre significa acertar a tope. Lo uno, claro, no está regañado con lo otro, siempre y cuando el afán de consolidar un determinado tipo de espectador no signifique el abandono del espectador genérico. Ya no es momento de enardecer simplemente, sino de cuidar sensibilidades para no caer en repeticiones que puedan ocasionar convencionalismos malsanos. ■ M. A. M.

## Teatro español en Nueva York

A primera vista, no deja de ser una contradicción el hecho de

García Lorca, según Gregorio Prieto.

